



Páginas Ilustradas

La mayoría de revistas y periódicos está digitalizada y aparece en el portal de la Biblioteca Nacional. Se ofrece una imagen del artículo como una muestra y el link para quien desee leerlo.

Cuando el texto de Carmen Lyra no ha sido digitalizado, se propone una fotografía del mismo.

Páginas Ilustradas

AÑO II

Propietarios: Calderón Hermanos

Nº 74

Director, PRÓSPERO CALDERÓN

Edición de Noche Buena

DEDICADA A LOS NIÑOS



* * *
Hurra, camaradas,
Que la Noche Buena
Nuestras almas llena
De felicidad.
Cantemos, brindemos
Con la copa llena
De placer, que suena
Vibrante y hermosa,
La hora venturosa
De la navidad.

* * *
Vaya, camaradas,
De placer sedientos
Locos de contentos
Nos rindió el placer.
¡Cuán presto pasaron
Los bellos momentos!
¡Cuán presto callaron
Los dulces acentos
Para irse muy lejos
Y nunca volver....!



San José, Costa Rica—América Central—24 de diciembre de 1905

Página de álbum

Para Páginas Ilustradas

A VIRGILIA.....

Ha declinado el sol. Es la hora feliz del rubio crepúsculo, y el silencio va llegando con la sombra á envolver la tierra con sus lóbregas alas y á presidir el fatal y solemne reposo de la Naturaleza durante la noche.

En el áureo horizonte, y por encima de las montañas, brota, de improviso, un albor suave, una claridad triste que se extiende y se aviva en breve, hasta que se descubre en el fondo de un inmenso círculo, el globo entendido por el astro del día, por el implacable enemigo de las tinieblas, ya perdido en remotos espacios. Es la luna, la preciosa naga de la noche..... ¡Salve, oh muda y misteriosa hada de los cielos, de faz tranquila, diáfana, levemente sonreída y afectada por el dolor!..... Con movimiento regular y útil, sube en su carro soberbio, dirigido por la olímpica cazadora hermana de Apolo, con la mirada apacible y fija en el mundo que domina.....



Alfredo y Rodolfo Esquivel Carranza
Fot. Paynter

Un grupo de caprichosas nubes corre á su encuentro y velan su rostro de plata y se inclinan devotamente y pasan dejando á su majestad, á su bella soberana, deleitarse en la contemplación de los seres que duermen su corto y sabroso sueño reparador.



Angélica Fonseca Lizano

Fot. Paynter

Todas las estrellas surgen del abismo á un mismo instante, y recorren su ligero velo, y deslizan por el éter el fuego inmortal que las abrasa, y ofrecen á su buena y casta diosa, con su trémulo beso centellante, el fiel tributo de su amor.....

La noble deidad, la pálida azucena del vacío, tan pura como un ensueño idílico, sigue su viaje triunfal por la bruñida esfera y llega al cenit y allí, su disco de gloria, resplandece con alegría y con ternura de alma piadosa y mística, de alma pensativa que se desvanece dulcemente en los delicados fulgores de su divina luz.....

LYRA

Lyra. (1905). A Virgilia, *Páginas Ilustradas*, 74, 1178. Recuperado de:

<http://www.sinabi.go.cr/biblioteca%20digital/revistas/paginasilustradas/Paginasilustradas1905/02a-Ano%202%20-%20n.%2074.pdf>

Perfume de recuerdo

Por *Pepino Hernández*

Reconoce la letra de mi amiga. Rompí el sobre con alegría y lá. En una sencilla carta, llena de recuerdos. Bien sabe ella cuánto me gusta vivir en todo lo que ha pasado.

«Sabes quién me ha hecho escribirte? — me decía. — La ramilla seca de una mimosa, que tú arrombaste hace ya mucho tiempo. Registraba esta noche en una de las gavetas de la cómoda, cuando encontré un viejo devocionario; tú lo conoces bien, aquel con tapas de corey. Lo abrí y lo primero que vieron mis ojos fué la ramilla seca de arromo. Sentí la caricia del perfume que se escapó de la florecita amarilla.

La vieja rama, el perfume que había quedado prendido entre la flor como un pedacito de su alma, me hicieron recordar.

Sabes que gusto del pasado como las abejas de las flores. Me place que mi espíritu vaya a litar en los recuerdos y les pida toda la miel robia que contienen, para llenar de dulzura el presente.

Con mi devocionario entre las manos me he ido luego á la sala llena de sombras. Dejeme estar en una poltrona, y con los ojos cerrados he comenzado á recordar.

La ramilla seca de arromo, que tú pusiste fresquita, hace ya años en mi devocionario!

Tras ella, en dulce procesión han venido otros recuerdos, desde el pueblecillo alegre que juguetea en el fondo del valle.

Ahí el querido pueblecillo! Verdad que tú tampoco lo has olvidado!

La iglesita blanca, graciosa como un vuelo de golondrina, dominando con sus dos torres blancas el caserío limpio, con casitas encaladas de blanco y azul, con techo de teja rojo-octro y rodandas de jardincillos que parecían tan contentos con sus varas altas de *mirame-Indos*.

La iglesita! La recuerdas? Sencilla, blanca como una oración de campesino bueno.

En las noches de luna parecía que las nieblas de la montaña, que le servían de fondo, se hubieran arremolinado allí graciosamente para formar aquel templo.

¡Cómo nos gustaba sentarnos en el banco que estaba á la entrada de nuestra casa y mirar la luna subiendo entre las dos torres!

El pino que crecía á la entrada de la igle-

sta, mojada entonces la parte superior de su copa puntaguda, en aquel óleo argentino que comenzaba á ungir los catapos; y cuando el viento lo movía, parecía que iba á dejar un brochazo de plata en la pared vestida de sombras.

Me he vuelto á encontrar dentro del templo lejano, que yo miro seguirse sobre el caserío como una pura flor mística. He creído que estamos en su interior: tú sen-



tada, mirando con los ojos entornados cuanto te rodeaba yo, más religiosa, rezando con la cabeza entre las manos.

Las paredes blancas, el pavimento enladrillado, bien barrido, los pilares y el cielo pintados de celeste. Las ventanas pequeñas, de vidrios limpios dejando entrar la luz; las puertas abiertas, por las que se precipitaban las bocanadas de aquel aire sano que venía de las montañas y que era una bendición. Nosotras lo esperábamos con delicia. Se sentía tan fresco, tan sabroso, oliendo á troncos húmedos, á tierra vegetal rica, á zacate seco!

El canto monótono y persistente de las cigarras nos adormecía.

En el fondo, el alarido alegre con sus mantiles albos, adornados de encajes ordinarios y los vasos llenos de flores frescas. A veces los cone-malices se metían

por una ventana abierta y verían á picotear sobre él. (Recuerdas qué encantadoros se veían colgando sobre el lienzo inmaculado? Qué encontraban allí; sería bocanitas de hostias?

La virgen de la Cueva, asomando el rostro sonriente y brillante tras su ríchoc sobre él; aquella leyenda en latín. El nazareno doliente, de faz triste bañada por la luz azulada que despedía una lamparilla que ardía á sus piés. A veces no, distraía oyendo las ramitas de una mimosa que crecía en el jardín, tocar en los cristales de una de las ventanas. En una ocasión tú dijiste que querías les abrieran y fuiste á levantar la vidriera para que las ramas de hojas rizadas, llenas de flores amarillas que parecían llanitas redondas, se precipitaran dentro. Tú cortaste entonces una ramita florecida y la colocaste entre mi devocionario. «Para que nos haga recordar más tarde», dijiste.

La misma los domingos por la mañana: el templo lleno de campesinos. Las mujeres con sus faldas arrugadas, que hacían un fru fru, parecido al de la seda, al caminar. Las muchachas, casi todas «Hijas de María», vestidas de blanco y envueltas en rebornos celestes—llidas y frescas—me parecían al verlas, que dentro de la iglesia habían florecido pudricerajas color de cielo, de esas que amanecen abiertas, adornando las cercas. Los hombres con camisas limpias, llevando casi todos chaqueta oscura y pantalones claros, arrullados devotamente, con sus sombreros de pita descansando sobre las plernas.

Nuestro amigo tocaba durante la ceremonia en el pequeño armonium. Creo ver su figura simpática, sentada ante el instrumento, cesando sus manos sobre el teclado mientras el templo todo se llenaba de armonías.

El sol entraba como una lluvia de oro por las ventanas de la izquierda y hacía regueros rubios sobre el pavimento. Las montañas que se veían ondular tan cerca, azules, limpias, como recién lavaditas. Los comenizcos y las golondrinas arribaban al garabía sobre el techo. De raro en raro se les veía cruzar el aire con sus relampagueos de alas.

¡Qué lejos se ha ido todo eso!

Los caminos polvorientos, por los que pasábamos lentamente en los atardeceres, alejándose entre los campos verdes, envueltos en una quietud melancólica. Las

carreteras que encontrábamos, monolíticas, dobladas con su lenguaje torpe y monótono, sobre quién sabe qué fatigas. Los buques torpes, ovando llenos de mansedumbres las quejas de su compañera y entomando á veces sus ojos húmedos, tranquilos como remansos, en los que se reflejaba el paisaje. El bovero sentido entre los parriles, con el olivo en las manos, un parecía soñador, mirando el campo que languidecía bajo la suave luz.

El cementerio minúsculo, con sus cruces adomadas de rosales silvestres. El río corre cerca, y en la época de las grandes avenidas el agua pasa sobre las tablas. Por eso, ¿recuerdas? aquello está así alegre. Yo pensaba siempre que allí había sólo niños enterrados, cuyos espíritus venían á jugar sobre las corolas. Allí quedó el bosque, con su colección unida á la entrada; los claros, bulliciosos de insectos de colores, las telarañas bellanitas, sus colgajos de mariposa, sus flores y sus pájaros. Me parece oír el ruido seco del hacha resonando en la soledad del bosque!

Las mañanitas felices y llidas. El alba pasando la carola de su mano blanca sobre los ojos que estuvieron abiertos en el cielo durante la noche, y haciéndolos cerrar. El olor á tierra húmeda, á resina, á granado. Las explosiones de luz en los potreros llenos de escarcha, y las risitas rojas de la mora estallando entre los setos.

Caminando despaciosas hacia la casa, las vacas, muiendo, rodeadas de un halo de vapor.

Las ternurillas jóvenes, tan gentiles. No sé si nos infludábamos para mirar en su vientre la obra que comenzaba, abriéndose como los botoncillos sacados de las varitas de San José. Ahora me he reído como entonces, cuando dejé entre mis dedos los pezoncillos delicados.

He abierto los ojos y me he encontrado rodeada por la oscuridad. La visión brillante y alegre se ha desvanecido y me ha dejado triste. Pienso que todos esos recuerdos que son como estrellas en el cielo de nuestra vida, no tienen ocaso. Los quiero lucir siempre con su brillo tranquilo y que llenen el alma de paz.

Esta ha sido la carta de mi amiga.

CAROLINA LIBA

Lira, Carmen. (1910). Perfume de recuerdo, *Páginas Ilustradas*, 247, 7-8. Recuperado de:
<http://www.sinabi.go.cr/biblioteca%20digital/revistas/paginasilustradas/Paginas%20ilustradas%201910/gaPaginas%20ilustradas%20AnoVII%2028%20ago%201910.pdf>

Carucho

Para Niños Ilustrados

—¿Qué haces, Carucho? Interrogué, mientras acariciaba con mi mano la hermosa cabeza del muchacho. No me respondió. Con la cara entre las sayas sollozaba amargamente.

—Dímelo, chiquillo—supliqué.—No me gusta verte así.

—¿Qué tendrás este Carucho, señor? me preguntaba ante la pequeña, apenada figura que tenía ante mí. En verdad que este es un muchacho raro. Yo nunca había encontrado un niño que me interesara más. Tenía nueve años apenas, pero no era juguetero ni ballanguero como los otros chiquillos que conocía. Me gustaba mirar su carita pálida, morena, con aquellos ojos grandes, reflexivos, color de pizarra.

—Es un pequeño soñador, decía burlándose su hermano grande. Este año, cuando estábamos en el campo, lo encontraba á menudo en los mecederos, acostado bajo los árboles, con los ojos cerrados. ¿Duermes, Carucho? le preguntaba.—No, oigo cantar las cigarras. Luego quería que yo le explicara por qué cantan, cómo cantan y por qué no cambian de tono. Este muchacho es un preguntón. Yo no lo sufría. A menudo lo encontraba de caído en la ventana, con su libro de lectura que era su mortificación, á un lado, mirando volar los zopilotes ó las golondrinas y desfilarse las nubes.

—¿Las envidias, Carucho?

—Sí, quisiera volar. ¿No es verdad que debe ser una cosa muy buena sentirse volando?

Un día me había dicho, viendo blanquear una media luna, en el azul intenso:

—Mire la luna entre aquella bandada de zopilotes. ¿No le parece un pájaro blanco que vuela entre ellos?

—Pronto se irán las golondrinas, como en otra ocasión. Dice papá que ya comienzan en el país de ellas la primavera; esto va á quedar muy triste. Quisiera ser tan pequeño como Almendrita, para que una golondrina me llevara sobre ella volando, hasta la torre de una iglesia lejana. ¿Verdad que lo de Almendrita es cierto? Dice Ana que es mentira.

—Ana no sabe de esas cosas.

—Yo vi alejarse el año pasado á las golondrinas. ¿Usted las conoce? Usan una casaca negra y un cirleco blanco. La cabezita es negra con unos ojos de escudillas muy brillantes. Cuando yo entré á la escuela á primer grado, ¿recuerda? se fueron ellas.

Entornó los ojos como si viera, algo muy lejos y continuó: estábamos en clase y la maestra, la niña Celia, nos enseñaba á leer, pero yo no atendía, miraba á través de la ventana abierta el cielo tan azulito, y las golondrinas que arribaban una gran bulla sobre el techo del teatro. Oía como si viniera de muy lejos la voz de la niña Celia: *Ma—Ma*. De cuando en cuando uno de los pájaros volaba, luego se alzaban todos y volvían á caer sobre el techo del teatro. ¿Sabe en qué pensaba al mirarlos bajar moviendo sus alitas tan negras? Que arriba, muy arriba, cerca de dónde está la luna, agitaban un árbol y hacían caer sus hojas que eran muy grandes y oscuras, sobre aquel telado. Repita, Mauricito, dijo la maestra. Yo no supe y me pusieron una mala nota. Pero á mí no me importó y seguí mirando hasta que las golondrinitas se fueron, muy alegres, gorgoreando mucho. Yo decía: esos son los escudellitos con los que juegan los ángeles cuando son muy chiquitos.

—¿Qué hacer con este Carucho?—oí que decía una vez la mamá, al padre que entraba. Hoy lo he mandado á estudiar su lección. Como á las dos horas lo necesitó y Juan me dijo que hacía mucho rato lo había visto irse para el potrero. Me fui á buscarlo. Cerca de la tranquera, tirado en la hierba estaba el libro. A él me costó encontrarlo, en aquella hondura bajo los guayabos, unibado boca abajo. No me atreví acercarme. ¿Sabes lo que hacía? mirar unas hormigas. Con eso se ríe que se tiene me dijo: «Perdone, mamá, no he estudiado ni lección porque recordé que ayer tarde me encontré este caminito de hormigas y me he verificado á verlas tan acoradas.» ¡Oh criatura, nunca aprenderá nada! Lo he castigado, en toda la tarde no se moverá de esa silla.

El padre y yo abogamos por él. Sentía una inmensa tristeza al contemplar á Carucho tan quieto, con su carita pálida entristecida por un gesto de pena, mudo, con los ojos fijos en el suelo.

Conseguí lo perdonar. En la tarde

sta que nos vieran, cogílo de una mano y me lo llevé al potrero.

—¿Por qué se enoja mamá y me castiga porque voy a ver las hormigas?

—La has desobedecido; ella te mandó a leer y tú tiraste el libro.

—No pensé que mamá se enojase por eso. Figúrese que casi todas las lecturas de ese libro son muy aburridas. A mí me gustan los cuentos como el de la mangosta, de Rikiki-diki, ¿recuerda? ó como aquel otro que me leyó usted de un chiquito que se puso luto en su sombrero, porque llevaron las vacas, sus amigos, al matadero. Esto mañana me pareció mucho mejor ocuparme en ver las hormigas ir y venir, las más pequeñas con sus pedacitos de zacate, unas, otras con una semilla de guayaba ó una florecita. Si viera cómo me rasé seguro sacan ó pasear del hormiguero á las hormigas chiquitas y como á la vuelta están cansadas, las suben en la brama de zacate que cargan y así las traen. ¡Qué preciosas se ven! (Usced las ha sorprendido contando los pedacitos de hoja con las tijerillas que tienen en la cabeza, mientras se apoyan con los codos en las patitas de atrás)

—¿Verdad, verdad que todo eso es más bonito que estas lecturas donde á cada rato nombran á Juan Santa María y á los filibusteros?

—Sí, Caruchillo, tienes razón, y llenos de alegría nos fuimos á ver el camino de hormigas.

Pero en aquel momento sí que me tenía intrigada el llanto del muchacho.

—¿Lo habrían castigado? Pues era raro porque cuando sucede tal cosa, Carucho no lloraba, se tragaba las lágrimas, mientras no carita daba lástima por la expresión que tomaba.

—Buéno, pues me voy, ya no eres mi amigo.

—¿Ya no me tienes confianza?

—No, no se usa, yo se lo pido... Yo le contaré todo... Deseaba viniera porque sólo usted no se burla de mí. Eso sí, que allá dentro no sepan nada, menos mi hermano ó Ana, se confían de mí... Mamá no la regaña porque la quiere mucho. Yo quisiera que usted estuviera siempre en casa. ¿No sabrán qué he llorado, verdad?

—No, chiquillo, pero no llores más y cuéntame.

—Seisé murió Mío.

—Mío, ¿Quién es Mío?

—Ya lo olvidó Jaramín, nuestro viejo Perrito.

—Ah! sí.—Luego se me representó la á garilla blanca, linda, trotando siempre con Carucho ó sentada á su lado.

Las lágrimas corrían por las mejillas del niño. Comenzó á contar: fué un torrente de palabras dichas con tono ansioso, interrumpiéndose á cada rato por los sollozos.

—No olvidaré nunca la vocesilla del muchacho, resonando quejumbrosa en la gran sala.

—No le veremos más, dijo papá cuando lo enterramos bajo la higuera. Yo no quería que le echaran tierra... pero Juan comenzó á arrojear paletadas de ella en el batico. Todavía veía yo pedacitos de la lana blanca que lo cubría... después nada... Allí quedó él, quieto, inmóvil. Yo creí que dormía, pero papá dice que está muerto. Cuando muere un perro, nada se mueve dentro de su cuerpo; yo palpé el de Mío y todo estaba quieto. Por qué lo que antes se movía dentro de él no lo hace ahora? Dice Juan que es que el corazón se queda inmóvil. ¿Cuando murió el tío Chico se quedó como Mío? Yo nunca lo volví á ver desde que se lo llevaron en su manta negra. Papá me ha llevado al cementerio y en un pedacito cercado por una vena y lleno de violetas dice está enterrado. Antes no comprendía cómo podía estar allí y no lo veía ahora sí... está bajo la tierra como Mío, quieto, quieto. Cuando ellos abren los ojos y miran que los cubre la tierra, deben sentir mucha tristeza. Oírán los pasos y las voces de los que transitan sobre el suelo. Anoche, cuando todos dormían, yo pensaba en el Mío y lloraba. Nunca más tocaré á mi lado, ni me saldrá á recibir moviendo su cola tan bonita, cuando yo regrese de la escuela. Tendrá miedo de estar tan solito. Me levanté sin que nadie me sintiera y fui á acompañarlo bajo la higuera. Me incliné sobre la tierra, lo llamé para que supiera que yo estaba allí. Le prometí que yo no dejaré que se lo coman los gusanos, que yo tengo la caja de cartón donde guardo mi gorra nueva, para él. Luego me arrodillé y recé un paternoster por Mío, como mamá me enseñó á hacerlo por el tío Chico, luego que murió. Como sentía frío me vine. Al pasar por el páculo creí que estaba allí mi perro, como tenía por

costumbre, sensadito, guiñándole a los gatos. Pensé en lo que dijo papá que ya no le veremos nunca más. Por qué? Quiere decirme dónde se van los que mueren?

Carucho sollozaba amargamente con su carita escondida en mi regazo.

—Dice Juan, el pedo, que todos tenemos que morir como el Misi que Ud., mamá, papá. Ana y yo moriremos. Yo no lo creo. Quedarnos tan quietos como el tío Francisco y el Misi Ana no podrá ¡que va! ella que se muere tanto! Dígame usted si eso es verdad?

—Sí, Carucho.

—Entonces nos comerán los gusanos, porque ayer dijo Ana que pronto el perro no sería más que un esqueleto, que los gusanos se comerían la carne y dejarían los huesos. Yo pensé que mi hermano se quería burlar de mí y le pregunté a papá y a mamá y me dijeron que sí. Eso es horrible, horrible! Quiere decir que el buen tío se cubrió de gusanos y que ahora no es más que un esqueleto? Si papá sabía eso, por qué dejó que lo enterraran?

—No quería papá a mi hermano.

—Sí, pero tenía que enterrarlo.

—A mí, cuando muera, me enterrarán también.

—Mira, Carucho, no hablemos más, vamos a jugar, ¿quieres?

—No, no.

—Pues me voy, ya no te quiero. No pienses más en estas cosas tan feas. ¿Entiendes?

—No podré, qué va! Pero ya que usted se enoja, prométame que si yo me quedo quieto como el tío ó como Misi, y quieren meterme entre la tierra, Ud. no lo permitirá. Ruegueles que me dejen con ellos, que me guarden en el armario grande; yo no quiero estar solo... no... no... Los gusanos me comerán. ¡Qué horrible! Si ellos insisten, déveme a su casa, compre una caja bien grande de cartón, y en ella me guardará... No deje que los gusanos me coman.

Me suplicaba con la voz, con sus grandes ojos, con las manos.

—Sí, Carucho, te lo prometo.

—¿Quiere usted creer lo que ha hecho Carucho? Me dijo su padre apenas entré. ¡No sé lo que le pasa a este demonio de muchacho! Figúrese que hoy lo encontró Juan, con la pala, quitando tierra bajo

la higuera. Le preguntó lo que hacía y le dijo que iba a sacar a su perro. Juan fue a llamarlo y al interrogarle yo, me contestó imperturbable: saco al Misi, papá. Sí, lo voy a guardar dentro de esa caja de cartón donde tenía mi gorrita nueva que he puesto en su gaveta. Así no se lo comerán los gitanos, como al tío Francisco.

Lo que me ha costado disuadirlo!

Tuve que traerlo a la fuerza. Desde entonces está allí en la sala tirado en el sofá con la cara escondida entre un almohadón. Venga usted y lo verá. Fuimos. Cuando entramos permaneció como estaba.

Yo me acerqué y le acaricé su hermosa cabeza, cubierta de cabellos negros.

—Soy yo. ¿Qué tienes, Carucho?

Levantó lucia sus dulces ojos color de pizarra, llenos de pena.

—No me han dejado sacarlo, sollozó, y los gusanos se lo estarán comiendo. ¡Qué horror! ¡Pobre Misi! Yo odio a la gente de esta casa, todos son malos, los aborrezco, agregó apretando con furia sus dientes y amenazando con el puño. Dejaron que los gusanos se comieran al tío Chico... ¡Malos... Malos!

Ya hace muchos años que Carucho murió y al pobrecito se lo comieron los gusanos. Yo no pude cumplir mi promesa.

Sufro mucho cada vez que evoco la figura amable de mi amigo, con su rostro pálido y moreno y sus ojos color de pizarra.

CARMEN LYRA

26 de Agosto de 1926.

PAJAROS VOLADORES

Yo vuestras alas no envidio,
pájaros de ruidoso vuelo
que vais volando, volando
hacia mi nativo suelo.

Si llegáis presto vosotros,
he de llegar yo más presto,
que para volar no hay alas
como las del pensamiento.

ANTONIO DE TRUJILLA

Lira, Carmen. (1910). Carucho, *Páginas Ilustradas*, 250, 8-10. Recuperado de:

<http://www.sinabi.go.cr/biblioteca%20digital/revistas/paginasilustradas/Paginas%20ilustradas%201910/hc->

Todas las imágenes de la Memoria Digital de Carmen Lyra fueron revisadas por el Programa de Publicaciones de la Universidad Nacional y los libros digitales realizados por Jenny Segura Barboza.